

Capítulo 1

Lo que mi abuela me enseñó

Hay pocos recuerdos que tienen colores, pero no puedo olvidar la sangre oscura, más azul que roja que rodaba por la pierna de mi abuela a mayor velocidad que la del pañuelo que intentaba disimularla. No estaba en los cálculos de Ramona mi arribo temprano a la casa de la calle 66, ni se le ocurrió tampoco pensar que daría la vuelta al parque y procuraría sorprenderla por el ventanal de la cocina.

Escondió primero la mano y luego la rodilla. Más tarde camufló el gesto. Puso la misma sonrisa de siempre y fingió un reto improbable. Sobre la mesa estaban los tallarines a medio amasar, y en el piso del living la posición horizontal de una botella de vidrio de Coca-Cola de litro delataba la poca fuerza con la que había logrado atravesar la puerta de entrada. Fingió que se había tratado de un accidente menor, le echó la culpa a las vías de un tren de carga que hacía tiempo que no pasaba por la rambla de 131, en el límite con el barrio de Los Hornos, pero lo cierto

era que su cuerpo ya acusaba los más de sesenta octubres transcurridos entre la dureza de la vida en el campo y una viudez prematura que la obligó a ser padre a temprana edad. Los reflejos no eran los de antes y aquella fue una de las primeras advertencias hasta que pocos años después quiso adivinar el trayecto de una bicicleta que se le interpuso en el camino y erró el pronóstico.

La combinación de una cadera fracturada y una operación fallada prolongaron indefinidamente su rehabilitación. Una tarde de otoño de 1994 sentí la necesidad de ir a visitarla y fui testigo de su ocaso. Al otro día sonó el teléfono en casa y todos comprendimos la noticia, incluso antes de que mamá atendiera. Yo nunca conocí una persona que fuera capaz de programar su muerte, pero esa tarde la enfermera le contó a papá que la abuela había estado muy débil toda la semana y que cuando el sábado abandonamos la clínica, le dijo «ahora sí, me despedí de la gente que quiero; ya me puedo ir».

Una catarata de memorias pasa por mi mente en un segundo como si espicara a través de un aleph. El olor del mate cocido con la galleta, la torta milhojas de cada veinte de diciembre, el rezo antes de ir a dormir y la caminata al seminario por la mañana, mi pieza de los juguetes donde una lata con bolitas, los restos de un camión y un cajón de manzanas me alcanzaban para lo mismo para lo que hoy se necesita una *play*.

La abuela lograba el milagro de hacerme disfrutar los bifés de hígado, las pastas caseras y el pan rallado por sus propias manos. Durante muchos años creí que no existían cosas más ricas en el mundo y jamás noté que el papel de diario que se acumulaba en el baño reflejaba la miseria material en la que vivía un jubilado que cobraba la mínima. Me divertía caminar quince cuadras buscando el mejor precio para comprar la grasa con la que freía las tortas fritas y no entendía por qué algunos fines de semana ella tenía que decir que no.

Nunca me di cuenta hasta mucho después, de que mi abuela pagaba mis caprichos con sus privaciones y que si apagaba la luz temprano era porque no la podía pagar.

Una mujer que nunca supe si había terminado la escuela primaria, me enseñó de muy pequeño a leer y a escribir, repasando primero las marquesinas de los locales de diagonal 74, mientras cubríamos el trayecto de mi casa a la suya, en el 561. En ese mismo colectivo me enseñó también a mentir la edad, ahora entiendo que fue por necesidad. Aprendí los números del uno hasta el nueve jugando con los viejos boletos de papel. Descubrí el capicúa y el placer de coleccionar.

Sé, porque me especialicé en estudiar ese tipo de cosas, que las memorias no son de fiar; que más que grabaciones literales son construcciones que cambiamos cada vez que evocamos un recuerdo. Es

probable que a las mías las haya decorado un poco, que haya suprimido caprichosamente alguna pelea, algún enojo, alguna bronca, pero no puedo recordar ni un solo día en que no haya sido profundamente feliz con mi abuela. No solo fue la primera mujer que amé en mi vida; a la madre se la termina amando de una manera distinta, se la abraza de pequeño con resignación y en la preadolescencia se le pone la mejilla como quien le pone el cuerpo a la jeringa, como si no quedara otro remedio. A la vieja se la adora luego de joven, se la extraña de adulto y se la ama cuando ya no está. Pero a mi abuela yo aprendí a amarla de chiquito, a necesitar sus abrazos, a echar de menos sus aromas, a descontar su complicidad.

Recuerdo llegar a las tres de la mañana con mi amigo Maxi, demasiado borrachos para volver a casa, pero lo suficientemente sobrios para saber que la abuela se levantaría a prepararnos un mate cocido y cocinarnos algo rico. Tampoco me olvido el día que «jugando» con la gomera volamos el vidrio trasero de un 561 y se ofreció voluntariamente a abrir la puerta negando nuestra obvia presencia, ante el acalorado chofer y un grupo de pasajeros que nos querían linchar.

Y por supuesto ella fue siempre el espejo con el que miré y comparé injustamente a cada una de las mujeres con quienes estuve. Después uno entiende con el paso del tiempo que son amores diferentes y que no se le puede pedir a la pareja la incondionali-

dad que se siente en una abuela, pero cuando alguien tiene la dicha de recibir tanto amor y de abrazar tan fuerte, busca inexorablemente en cada encuentro esa sensación de plenitud, que paradójicamente se logra sin que sea necesario nada material.

Cuando una tarde gris me agarra con la guardia baja, cuando un 31 me sorprende pensando en lo que fue, siempre me acuerdo de mi abuela.

Hoy felizmente muchas otras cosas me hacen muy bien, empezando obviamente por mi hijo Agustín que hace dos años y medio nos cambió la vida a todos. Soy feliz con el progreso de mis hermanos, cada vez que veo a mis dos papás del corazón, o cuando Maxi deja de trabajar y me invita a comer. Soy feliz conviviendo con Solcito y estoy seguro de que aunque nos vamos a volver locos, seremos mucho más felices cuando lleguen los melli que vienen en camino.

También hoy tengo más dinero del que quizás tenían mis viejos. Pero nunca cuando pienso en alguna de todas las cosas que me llenan el alma, se me viene a la mente el coche nuevo, la tele de 42 pulgadas, o el teléfono celular.

El chiste dice que aunque el dinero no puede comprar la felicidad, proporciona una sensación tan parecida que se necesita un experto para notar la diferencia.

La ciencia dice que eso no es verdad. Y aunque no tengo manera de preguntárselo a ella, me gusta

pensar que mi abuela, a pesar de ser pobre, lo podría atestiguar.

La paradoja de Easterlin

Aterricé en la isla por segunda vez el cuarto sábado de marzo de 2013, cometí el gran error de alquilar una casa sin haberla visto antes, y me trepé a un coche de probable procedencia rusa que hacía años había tenido su época de gloria.

La máquina dejó atrás el aeropuerto José Martí a ritmo cansino, como quien no quiere en realidad llegar nunca a destino. El contraste todavía estaba en mi memoria, pero no afloró mientras transitaba la Avenida de la Independencia, ni siquiera cuando pasé a mi izquierda la Plaza de la Revolución. Eventualmente el conductor cruzó una especie de Boulevard en honor a Salvador Allende y desembocó en la Ciudad Vieja, no en el sitio que todos los turistas conocen sino el que enfrenta al Barrio Chino. Lejos de lucir como un atractivo museo colonial, más bien se parece a Kosovo, después de los bombardeos.

Entonces la contradicción bailó reggaetón sobre una ausencia palmaria de recursos materiales que lucía como si el tiempo se hubiera detenido en los setenta, menos para el deterioro. De repente el relato mágico de cada una de las cuentas del rosario de

miserias que el taxista me venía contando se hizo carne en mis ojos; sin embargo, los cubanos danzaban felices, sonreían y regalaban una amabilidad que escasea en lugares más afluentes.

Había hecho mi primer viaje con el objetivo de conocer cómo funcionaba un sistema económico no capitalista, desde adentro, viviendo casi como uno más. Volví con la expectativa de confirmar si era verdad que el dinero y la felicidad eran cosas perpendiculares.

Para la gran mayoría de los mortales es casi una obviedad. Mucha gente cree que tener más dinero nos hace más felices e incluso hay una broma que reza que «el dinero no compra la felicidad, pero produce una sensación tan pero tan parecida, que se necesita un experto para notar la diferencia».

Richard Easterlin también pensaba lo mismo. Este ingeniero norteamericano, doctorado en Economía por la Universidad de Pennsylvania, hizo sus primeras armas en la investigación de la mano de Simon Kuznets, un científico social que se hizo famoso por postular una ley que lleva su nombre y que establece que la distribución del ingreso empeora cuando un país empieza a desarrollarse, pero luego mejora a medida que su economía madura. El ucraniano ganó el Premio Nobel de Economía en 1971. Easterlin no tuvo la misma suerte, pero quedó contagiado de la pasión por el estudio del crecimiento económico y su impacto en la vida de las personas.

En la década del cincuenta Moses Abramovits, otro prestigioso economista de Harvard, llamó la atención de Easterlin por un ensayo en el que cuestionaba la relación entre la calidad de vida y el producto bruto interno, llamando a los economistas a ser escépticos respecto de las posibilidades del crecimiento para mejorar el bienestar de la población.

Si bien a grandes rasgos todos entendían qué significaba el bienestar, el problema radicaba en que nadie podía dar una definición precisa ni mucho menos medirlo. Y no es un tema menor. El propio preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos, copiado luego con ligeras variaciones y arreglos menores en muchas cartas magnas latinoamericanas, establece como uno de sus objetivos el de «promover el bienestar general». Lo que Abramovits estaba poniendo en duda era que alguien pudiera establecer qué quería decir eso del bienestar general y, sobre todo, que eso no estaba garantizado por el mero crecimiento en el ingreso per cápita.

Para empezar, el bienestar es algo evidentemente subjetivo y no era habitual, mucho menos en la economía, preguntarle a la gente por sus estados psicológicos o mentales. Se descontaba que si alguien podía elegir entre una mayor variedad de bienes estaría mejor que si se le restringían las opciones, del mismo modo que se daba por sentado que las personas no se saciaban nunca y que siempre serían más felices pudiendo comprar más cosas. De allí a

suponer que el crecimiento del PBI y de los ingresos derivará ineluctablemente en un mayor bienestar, hay un paso que parece tan obvio como corto pero que en realidad es más largo que un maratón olímpico.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, probablemente con la intención de estudiar los determinantes del humor social, los sociólogos empezaron a recabar información subjetiva sobre el bienestar en las famosas encuestas Gallup.

Los primeros cuestionarios contenían dos tipos de preguntas; una, en la que se le pedía al encuestado que teniendo en cuenta todos los aspectos de su vida, dijera si en términos generales se consideraba «muy feliz», «razonablemente feliz» o «no muy feliz», y otra, basada en las investigaciones del psicólogo de la Universidad de Princeton, Hadley Cantril, en la que se lo hacía imaginar una escalera con 10 escalones: el primer peldaño correspondía a un estado de completa insatisfacción con su vida, y el último representaba la máxima satisfacción posible. Se le pedía que se ubicara en el escalón que mejor representara su satisfacción con la vida.

Obviamente, esas mediciones no están exentas de críticas. ¿Puede una sola respuesta verbal captar el estado emocional de una persona? ¿Es lo mismo su concepto de felicidad que el mío? ¿Contesta realmente la gente lo que siente, o inventa respuestas políticamente correctas? ¿Captan esas preguntas

realmente cuán felices son las personas o están fuertemente influidas por el humor de un día particular y son por lo tanto absolutamente volátiles?

Puesto en palabras de psicometrista, ¿es válido el instrumento para medir lo que se propone? ¿Es confiable el cuestionario? Pensemos en contraejemplos obvios para que quede clara la idea. ¿Puede medirse la altura de una persona con una balanza de precisión? Obviamente no; la balanza es un instrumento muy confiable para medir el peso, pero no es válido para la altura. ¿Puede medirse el peso de un bebé con una balanza como las que hay en una farmacia? En principio no hay dudas de que el dispositivo es válido para eso, pero es poco probable que sea confiable para indicarnos el peso un bebé con dos decimales de exactitud.

Andrew Oswald, el investigador de Warwick, comprobó empíricamente que en los Estados de Norteamérica en los que había mejor calidad de vida, medida según indicadores objetivos que tenían en cuenta variables como el clima, los espacios verdes, el transporte público, la disponibilidad de escuelas y otras «amenities», eran también los que recibían los mejores reportes subjetivos de satisfacción por parte de sus habitantes. Y en un estudio reciente, el argentino Ricardo Pérez Truglia, de la Universidad de Harvard, comprobó que podía predecirse los bienes que consumía la gente a partir de sus reportes de felicidad. En consecuencia, los cambios en el con-

sumo repercuten en la felicidad, lo que además de confirmar que efectivamente los reportes subjetivos de felicidad coinciden con variables duras como el consumo, despejaría en parte las sospechas iniciales del profesor Abramovits, sugiriendo que tal vez el dinero sí puede hacer la felicidad.

Convencido entonces de que tenía en sus manos la clave para descubrir la fórmula de la felicidad, Richard Easterlin empezó por cruzar los datos de una encuesta efectuada a 1.517 norteamericanos en 1970. Así, mientras que en el grupo de los que ganaban menos de 3.000 dólares anuales, solo el 29% de los encuestados declaraba sentirse «muy feliz», en el segmento de los que percibían más de 15.000 el porcentaje de gente de esa misma condición prácticamente se duplicaba, alcanzando el 56% de los respondientes. Sin embargo, aunque los datos parecían confirmar lo que para el sentido común era obvio, la mayor parte del crecimiento en la felicidad se producía hasta llegar al grupo de ingresos medios (entre 7.000 y 10.000 dólares); más allá de ese umbral, la aguja de la satisfacción empezaba a mostrar resistencia para responder a los cambios en los ingresos.

La relación descubierta por Easterlin fue confirmada por veintinueve estudios adicionales, dieciséis de los cuales contenían directamente preguntas sobre felicidad, mientras que los trece restantes indagaban sobre la satisfacción con la vida en la escalera

imaginaria de diez escalones que había ideado Cant-
tril. Diez de los relevamientos correspondían a los
Estados Unidos, en distintos momentos del tiempo,
mientras que otras diecinueve encuestas provenían
de diversos países. Sistemáticamente dentro de cada
país la gente con una mejor posición económica re-
portaba mayores niveles de felicidad.

Este resultado confirmado en prácticamente to-
das las muestras poblacionales sin distinción de len-
guajes ni de continentes, parecía darles la razón a to-
dos los economistas que tradicionalmente asociaron
el bienestar al PBI. Si la gente que tiene más ingresos
es más feliz, entonces bastaría con aumentar los in-
gresos de la población, vía crecimiento económico,
para construir un mundo ideal.

Sin embargo, cuando Easterlin quiso extrapolar
sus resultados en la comparación entre países se lle-
vó una sorpresa, porque no era eso lo que ocurría
en la práctica. No solo en países con un PBI más alto
como los Estados Unidos o Alemania Occidental la
gente no declaraba ser más feliz que en países de
ingresos bajos, como Cuba o Egipto, sino que incluso
mirando hacia el interior de un mismo país, la socie-
dad norteamericana no reportaba mayores niveles
de satisfacción que los que había declarado la gene-
ración anterior, veinte años atrás, incluso cuando el
PBI per cápita de los Estados Unidos había crecido
un 46% en ese lapso.

Era plausible pensar que las mediciones de Cuba

fueran muy buenas por la expectativa que, a principios de los sesenta, despertaba la Revolución, y que Alemania estuviera aún golpeada por las consecuencias de la Guerra. Pero las contradicciones se mantenían. Filipinas y Tailandia, por ejemplo, ostentaban un porcentaje mayor de gente feliz que Francia o Italia. Y cómo explicar que en los Estados Unidos los *baby boomers* no fueran más felices que sus padres, a pesar de ser mucho más ricos.

Aquel trabajo de Richard Easterlin publicado en 1974 fue una bomba. A pesar de miles de investigaciones ulteriores que buscaron explicar los resultados, la paradoja persiste; dentro de cada país la gente de mayores ingresos es más feliz, pero no aumenta la satisfacción con la vida si engordan los bolsillos gracias al crecimiento económico. Puesto en otras palabras, no hay evidencia científica que demuestre que aumentar el PBI haga que la gente sea más feliz.

¿Pero por qué pasa esto? ¿Por qué los países donde la población disfruta de una mayor renta per cápita no son más felices? ¿Por qué cuando los países crecen la gente no es más feliz? ¿Cómo se entiende, sin embargo, que dentro de un mismo país aquellos que tienen una mejor posición están más satisfechos con sus vidas? ¿Cómo se explica la paradoja? Y la pregunta del millón: si ni el crecimiento económico ni los mayores ingresos empujan nuestro bienestar, ¿qué es lo que nos hace felices?

Tuve una pista de la respuesta en el Valle de Viñales, una hermosísima región poco conocida de Cuba donde se fabrican los mejores cigarros del mundo. Un puñado de mogotes más parecidos a una manada de elefantes gigantes cortaban el horizonte y sobre la espalda de una de esas magníficas formaciones rocosas sorprendía un mural con figuras prehistóricas, que se le atribuye al artista Leovigildo González Morillo y que luce inmenso cuando se contrasta con la insignificante altura de la gente que busca la postal. Odalys no tenía más de diez abriles en sus menudas espaldas, pero pedía con la insistencia de una mujer de veinte. La niña quería una foto, pero no para que se la mandáramos por Facebook, ni para tener la excusa de pedir una moneda, como habitualmente ocurre en la isla. No; la morenita se daba por satisfecha con solo verse en la pantalla del celular. No buscaba nada material, nada que pudiera tocar. El formateo de un sistema educativo diseñado para crear al «hombre nuevo» prohíbe tan solo imaginar la más mínima posesión material, pero nada dice de esas cosas que pueden guardarse en la mente, con forma de recuerdos. No censura la posibilidad de apreciar la propia sonrisa en la versión moderna de aquellos espejitos que sedujeron a los pueblos originarios y que nosotros llamamos celular.